

COLECCIÓN DE TEATRO
VÍCTOR RUIZ IRIARTE



YO SOY EL SUEÑO

Edición de Juan Antonio Ríos Carratalá

Esta Edición forma parte del Proyecto de I+D **La comedia de posguerra: Teatro completo de Víctor Ruiz Iriarte (1945-1975)** (Proyecto MEC HUM-61754), dirigido por Víctor García Ruiz (Universidad de Navarra), y compuesto por los doctores Óscar Barrero Pérez (Universidad Autónoma de Madrid), Berta Muñoz Cáliz (Centro de Documentación Teatral), Juan Antonio Ríos Carratalá (Universidad de Alicante) y Gregorio Torres Nebrera (Universidad de Extremadura).

© Textos: Herederos de Víctor Ruiz Iriarte.

© Edición y notas de “Yo soy el sueño”:
Juan Antonio Ríos Carratalá.

YO SOY EL SUEÑO
 COMEDIA DRAMÁTICA EN TRES ACTOS

Personajes:

ESTRELLASIMÓN
 ANAPEDRO
 ANDRÉS KOVACHTONY
 MARCEL TAVERNER.....EL TENIENTE
 HANS HEIBBELSOLDADOS Y MARINEROS¹

En una isla desconocida. Nuestros días.

ACTO PRIMERO

Una galería de mármoles blancos y antigua arquitectura. A través del techo de cristal se tamizan, con gracia, los rayos de un sol tropical vivo, alegrísimo y caliente. Fresca y rica penumbra de subterráneo. En todo el fondo, tres grandes arcos toscanos, deliciosamente estilizados. Del arco central parte, hacia arriba, una anchísima escalera, también blanca, en cuyo final, entrevisto bajo la clave del arco, aparecen las primeras hojas verdes del exterior. Los otros dos arcos dan paso a una galería paralela al escenario, que corre por debajo de la gran escalera. Bancos de mármol. Arquería también en los laterales. Pavimento de mármol gris oscuro, en baldosas. En primer término, un «gong» de grandes dimensiones. Muy de mañana. Arriba, al exterior, cantan quizá los pájaros. Aquí, en escena, el silencio es como una subrepticia interrogante. Ya se alzó el telón. Un instante después, una voz varonil, moza y

¹ La obra no fue estrenada, por lo que no se incluyen los nombres de los intérpretes.

contenta, desde lo alto de la escalera, canta con brío las primeras estrofas de «La Madelon»:²

VOZ.—«Pour le repos, le plaisir du militaire, / il est, la-bas, a deux pas de la forêt, / une maison, aux murs tous couverts de lierre, / “Aux Tourlouroux”, c’est le nom du cabaret...»

(Calla la voz. Pequeña pausa. Y, al fin, por la gran escalera, descienden muy despacio, llenos de curiosidad y recelo, dos personajes: Marcel y Hans. Marcel viste uniforme de capitán francés en campaña; es parisién, tiene la sonrisa jovial y un poco pícara y la mirada dulcemente preocupada. Hans, teniente del ejército alemán, mozo rubio, grave, tostado por el sol. Ojos azules, mirada toda nostalgias. Hans viene mohíno y preocupado. Marcel, detrás, con un gracioso gesto superior. A media escalera se detienen y observan el interior, intrigadísimos)

MARCEL.—¿Qué?

HANS.—Nadie...

MARCEL.—¡Qué extraño es esto...! ¿Dónde estamos?

HANS.—No sé... Es extraordinario. ¿Bajamos?

MARCEL.—Sí... Tú, delante. No olvides que eres mi prisionero.

HANS.—Es verdad. *(Bajan con cautela unos peldaños más. Se detienen)* ¡Ah!

MARCEL.—¿Qué has visto? *(Contemplándolo todo fascinado)*

HANS.—Mira... Es como un palacio. Un sueño.

MARCEL.—¡Diablo! No digas. *(Se adelanta. Impresionado)* Un palacio subterráneo en una isla del Pacífico, tan insignificante que ni siquiera aparece en los mapas. ¡Oh! ¿No estaremos soñando, prisionero?

HANS.—¡Ojalá! *(Palpándose dolorosamente la cintura)* ¡Qué más quisiera yo! Estoy molido... Son tres días sin dormir. ¿Llamamos?

2 Canción francesa (*Quand Madelon*) escrita por Louis Bousquet en 1914, con música de Robert Camille. Interpretada por Polin Bach, se hizo muy popular entre los soldados franceses de la I Guerra Mundial. Pronto se popularizó en otros países; se incorporó al cancionero militar español a través de la Legión. El estribillo dice: «Quand Madelon vient nous servir à boire / Sous la tonnelle on frôle son jupon / Et chacun lui raconte une histoire / Une histoire à sa façon / La Madelon pour nous n’est pas sévère / Quand on lui prend la taille ou le menton / Elle rit, c’est tout le mal qu’elle sait faire / Madelon, Madelon, Madelon!» Puede escucharse en YouTube y <http://clubdeloshistoriadores.blogspot.com/2009/02/esta-cancion-francesa-cuando-magdalena.html> (15 oct. 2009).

MARCEL.—(*Irónico*) Te felicito.

HANS.—¡Oh! ¿Por qué?

MARCEL.—Porque solo a un hombre de muchísima imaginación se le ocurriría gritar «¡Quién vive!» en una isla desierta. (*Fascinado*) ¡Oh! ¿Dónde estamos? (*Han alcanzado el último peldaño. Marcel mira curiosísimo a todos lados. Va y viene. Hans, lleno de fatiga, se sienta en el banco de mármol*).

HANS.—Entonces, lo mejor será dormir un poco...

MARCEL.—(*Enfadado*) ¡Dormir! ¡Dormir! ¿Qué hombre eres tú que piensas en dormir ahora?

HANS.—Berr... (*Bosteza*).

MARCEL.—¡Dormir cuando empieza una aventura! ¿No lo comprendes? Mira a tu alrededor. ¿Qué es esto? ¿Dónde estás? ¡Mira! ¿Quién iba a decirnos anoche, después del bombardeo, cuando estábamos perdidos en una lancha de salvamento, en medio del mar, que hoy, en la isla más insignificante del Pacífico, íbamos a encontrar abierta esa escalera. Y luego, esto...

HANS.—(*De pronto*) Oye.

MARCEL.—Di.

HANS.—Tengo una idea. (*Sesudo*) ¿No estaremos en uno de esos subterráneos antiguos que de vez en cuando descubren los arqueólogos? En Alemania los periódicos hablan mucho de estas cosas.

MARCEL.—Sí, sí. En París también. Es divertidísimo.

HANS.—(*Tímidamente*) Yo creo que esto fue, en tiempos, un palacio romano.

MARCEL.—¡Qué barbaridad! Los romanos en el Pacífico...

HANS.—Bueno. O los griegos. (*Otro bostezo*) Berr... Da igual.

MARCEL.—¡Los griegos!

HANS.—¿Tampoco? (*Sonriendo*) Perdóname. Entiendo poco de esas cosas. De la Historia Universal lo que más me gusta es Napoleón.

MARCEL.—Como a todos los alemanes... Pero la verdad es que Napoleón no estuvo nunca en el Pacífico. No nos sirve. ¿Dónde estamos? ¡«Mon Dieu»! ¿Qué es esto? (*Mirando fascinado en torno*) ¡Qué maravilla...! Oye. ¿Tú no has presenciado alguna vez una aventura como esta? Llegar un día a un rincón del mundo desconocido por todos. Antes de la guerra, en París, yo soñaba, de cuando en cuando, cosas así. Ahora no tiene uno tiempo para nada. (*Un silencio*) ¿No oyes? (*Volviéndose*) ¡Eh tú! ¡Muchacho!

HANS.—(*Despabilándose*) Berr... Me dormía. Discúlpame.

MARCEL.—Bueno... Eres una marmota. (*Fijándose despacio en su compañero. Sonríe*) Todavía no sé cómo te llamas.

HANS.—Hans Heibbel..

MARCEL.—Hans... (*Suave nostalgia*) Así se llamaba un amigo mío de Colonia. Estudiábamos el mismo curso de Filosofía. ¡Qué tiempos! Toma un cigarrillo.

HANS.—Soy tu prisionero.

MARCEL.—(*Indulgente*) ¡Bah! Estamos en confianza. (*Una pausa*).

HANS.—(*Muy tímido*) ¿Qué es lo que más te gusta de Alemania?

MARCEL.—¡Pche! No sé... Acaso vuestra irritante gravedad.

HANS.—¡Ah! Como a todos los franceses.

MARCEL.—Vuestras ciudades antiguas, vuestra música...

HANS.—(*Un poco triste, mirándole con cariño*) Gracias.

MARCEL.—(*Transición*) Bueno. No nos pongamos sentimentales. ¡Hum! Somos enemigos... Procedamos con orden. Eres mi prisionero. Voy a tomarte declaración. (*Saca un bloc y un lápiz*) Hable el prisionero...

HANS.—Sí. (*En pie, taconazo, firme. Magnífico*) ¡Viva Alemania!

MARCEL.—(*En pie, airado*) ¿Eh? Oye, tú. ¡Hola! (*Transición. Complacido*) Eres valiente. Me gusta. Continúa.

HANS.—Soy el teniente Hans Heibbel. De Nuremberg...

MARCEL.—¿Tenías otra profesión antes de la guerra?

HANS.—Sí. Soy músico... Toco el violín.

MARCEL.—(*Alegremente*) ¿De veras? Ya decía yo que tú no eras un alemán cualquiera.

HANS.—(*Muy serio*) ¡Oh! Casi todos los alemanes son músicos.

MARCEL.—(*Un silbido*) Ya. (*Una pausa*) ¿Cómo fuiste hecho prisionero?

HANS.—(*Sorprendidísimo*) Pero, ¿no lo sabes?

MARCEL.—¡Silencio! Conteste el prisionero. Esto es un trámite.

HANS.—(*Saluda*) ¡A tus órdenes! (*Sonríe*) Verás... Anoche, de madrugada, navegaba con mi batallón a bordo de un transporte de tropas, por el mar Pacífico, con destino desconocido.

MARCEL.—La noche era hermosa... ¿Por qué no lo dices? (*Escribe*).

HANS.—La noche era tan hermosa que llegué a olvidarme de la guerra. Recuerdo que quedé solo en un rincón de cubierta. Tenía sueño...

MARCEL.—¡Y dale!

HANS.—(*Suspira*) Dos noches de navegación alerta.

MARCEL.—Sigue... El mar resonaba como una orquesta de violines. Va a resultar una declaración preciosa. (*Y escribe*).

HANS.—Sí... Me sentía feliz, muy feliz sin saber por qué.

MARCEL.—(*Superior*) ¡Pobre muchacho! Los hombres inteligentes nunca son felices.

HANS.—De pronto apareció sobre el mar un barco enemigo. Dispararon nuestros cañones... No sé. Un estampido atroz. Me sentí en el agua. Vi cerca una lancha de salvamento. Nadé con todas mis fuerzas. Un hombre me gritaba. Era un capitán francés. Ni siquiera sé cómo se llama...

MARCEL.—(*Saludando gentil*) ¡Marcel Tavernier!

HANS.—Gracias... (*Sonríe*) Marcel me ayudó. Cuando me tuvo frente a él en la lancha, se puso muy contento. Después me dijo que era su prisionero. Y comenzó a cantar «La Madelon». Luego, «Tosca»; después, «Parsifal»³... ¡Qué mal canta el capitán Tavernier!

MARCEL.—(*Picado*) ¿De veras?

HANS.—Y así, hasta que amaneció... Nos encontramos frente a esta isla, llena de verde y de sol. Amarramos la barca en la playa. Desembarcamos... Es una isla desierta que no figura en los mapas de Marcel. De pronto encontramos una escalera. Bajamos... Y aquí estamos.

MARCEL.—(*Angustiado*) Pero, ¿dónde estamos, Hans? ¿Qué misterio es este? ¿Cómo puede ser? ¿Quién hay aquí? ¿Quién vive aquí?

HANS.—¡Oh! No grites. (*Una pausa*) Óyeme, Marcel.

MARCEL.—Di.

HANS.—(*Lentamente*) ¿Crees tú que vendrán por nosotros?

MARCEL.—¡Pche...! ¡Qué sé yo...! No te olvides que esta isla no existe en las cartas de navegación. Vuestro barco se hundió. El nuestro, a estas horas, también estará en el fondo del mar... Iba muy tocado cuando dieron la orden de abandonarlo. Después de todo, para la guerra dos oficiales, uno alemán y otro francés, no son piezas demasiado importantes... (*Transición*) Hans, ¿qué es eso? ¿Te entristeces?

HANS.—(*Voz baja. Tápase la cara con las manos*) No, no... Déjame.

MARCEL.—Ven aquí... ¿Te asusta no volver jamás a tu patria? (*Conmovido*).

HANS.—Sí...

MARCEL.—¡Ah! (*Sonríe*) ¿Estás enamorado?

HANS.—Sí...

MARCEL.—¿Cómo es ella?

HANS.—Pequeña, con unas trenzas rubias... Casi una campesina. La vi por última vez hace dos años, cuando fui movilizado. Está allá, en Nuremberg. Sé que me esperará siempre. (*Del más escondido bolsillo de su guerrera saca un retrato*) Mírala...

3 *Tosca*: ópera en tres actos, con música de Giacomo Puccini y libreto de Luigi Illica y Giuseppe Giacosa; estrenada en Roma el 14 de enero de 1900. *Parsifal*: ópera en tres actos de Richard Wagner estrenada en 1882.

MARCEL.—(*Emocionado*) ¡Es muy bonita!... ¡Peste de guerra! (*Filosófico*) Te comprendo, Hans. Las mujeres son insoportables cuando están contentas; molestísimas cuando lloran. Pero, eso sí, adorables cuando están ausentes y fascinadoras cuando se las recuerda... ¡Pobre Hans! Para mí sería mucho menos terrible vivir siempre en esta isla desierta, en este subterráneo misterioso. Nadie me espera en París... Solo estuve enamorado una vez. Duró tres meses. Fue un mes de ilusión, otro de desencanto y otro de rencor... Créeme. Un hombre inteligente no puede ser un enamorado serio. Se escapa antes de llegar el tercer mes... Yo no volví a enamorarme. Pero no importa. Me gustaría amar con toda mi alma. (*Pensativo*) La vida es un paseo por el mundo que los hombres y las mujeres hacen de dos en dos... Algunos se quedan solos atrás. Pero no hay que hacerles caso: son unos egoístas o es que están demasiado gordos... (*Un silencio. Y enseguida, alborozado de ilusión*) Verás. Yo sé que un día vendrá a mí un amor, nuevo, desconocido, extraordinario... Un gran amor, tan delicioso, que a todas horas me hará creer que es un sueño. No sé si será una colegiala o una florista del «Boulevard». Da igual. (*Sonríe melancólicamente*) Después de todo, Hans, si hemos de quedar aquí para siempre olvidados del mundo, acabaré siendo más desgraciado que tú. Te aseguro que perder un sueño es muchísimo más doloroso que olvidar a tu alemana de las trenzas rubias...

HANS.—(*Con amargura*) ¡Oh, no, Marcel! Te lo aseguro.

(*Óyese dentro un violín que, dulcísimo, toca la «Sonata a Kreutzer».*⁴ Marcel y Hans tiemblan de estupor y de emoción)

¿Eh?

MARCEL.—¿Qué es esto?

HANS.—¿Oyes, Marcel?

MARCEL.—¡Música! ¡Dios mío!

HANS.—¡Calla! Es un violín. Déjame oírlo. ¡Es la «Sonata a Kreutzer»!

MARCEL.—(*Alegrísimo*) ¡Oh, Hans! ¿Dónde estamos? ¿Qué aventura es esta?

HANS.—¡Silencio! (*Con un temblor de emoción y asombro en la voz*) No puede ser. No es posible.

MARCEL.—¿Qué? Habla, por favor. ¡Di!

HANS.—Es un milagro... ¿Escuchas? Ese violín solo puede tocarlo él...

MARCEL.—¿Quién?

4 *Sonata a Kreutzer* o *Sonata Kreutzer*: sonata para violín n.º 9 en la mayor (Opus 47, 1802), de Beethoven, dedicada al compositor francés Rodolphe Kreutzer (1766-1831).

HANS.—¡¡Él!! ¡En el mundo solo hay un violín que toque así la Sonata!

MARCEL.—¡Hans!

HANS.—Pero no, no, no... ¡No puede ser! ¡Es imposible!

MARCEL.—(Sofocado) ¡Chiss! Calla... ¡Ven aquí!

HANS.—¡Marcel!

MARCEL.—He oído pasos. Alguien viene, estoy seguro. ¡Ven aquí!

HANS.—Pero, Marcel...

MARCEL.—¡Basta! Escóndete ahí. ¡Aprisa!

(Y desaparecen los dos debajo de la escalera. Una pausa. Aparece Simón. Pequeño, regordete. Viste larga túnica antigua de amarillo oro que le oculta incluso los pies, calzados con sandalias. A la cintura se recogen los pliegues de un cordón. Rostro ingenuo, sonrosado y feliz. Porte orondo y bonachón. Pelo gris. Cruza la escena con andares alegres y frotándose las manos y se dirige al «gong». Da parsimoniosamente un toque, cuyo eco retumba en el subterráneo)

SIMÓN.—¡Ajajá! *(Y pasea otra vez frotándose las manos mientras silba bajo los acordes de la sonata, que aún prosigue lejos en el violín. Entra Ana, mujer de alguna edad, apariencia apacible y candorosa. Como Simón, se cubre con larga túnica de color gris perla).*

ANA.—¿Por qué llamas, Simón?

SIMÓN.—¡Toma! Es la hora del desayuno. Hace un buen rato que es de día. El señor espera...

ANA.—¿Cómo ha pasado la noche?

SIMÓN.—¡Hum...! ¿Qué sé yo? Lleva unos días muy malos. Tuvo fiebre. No habla apenas. De madrugada me llamó. Me pidió el violín... Y empezó a tocar la Sonata. ¿No oyes? ¡Mala señal!

ANA.—¿Por qué?

SIMÓN.—Mujer... ¿No recuerdas? A ella la conoció una noche en París, después de tocar la Sonata.

ANA.—¡Ojalá no la hubiera conocido nunca!

SIMÓN.—¡Qué bien lo recuerdo...! Era yo un mozo. Y el señor también. Yo acababa de entrar a su servicio. *(Sonríe pícaro)* Aún no eras mi mujer, Ana. El señor tuvo aquella noche su primer triunfo. El teatro estaba lleno. ¡Cómo aplaudieron! Nadie había tocado la Sonata como él. ¡Oh, Ana! Me parece que lo estoy viendo. Tan joven, tan pálido, con su cara de muchacho, mirando

al público, loco de emoción. Los periódicos dijeron: «¡Andrés Kovach, el primer violinista del mundo!» Por la noche llegó ella...

ANA.—Cállate. No la nombres.

SIMÓN.—¡Hum! ¡Maldita! (*Transición*) ¿Y Estrella?

ANA.—Duerme. Al amanecer la despertó el violín de su padre.

SIMÓN.—¿Y los demás?

ANA.—Tony está arriba, en la playa. Ha pasado la noche allí como siempre... Siempre espera descubrir un barco que venga a recogernos para llevarnos otra vez allí, al mundo. ¡Pobre viejo!

SIMÓN.—¿Y Pedro?

ANA.—Tampoco duerme. Pasa las noches en pie, en su rincón, recitando esas obras de teatro que él quisiera haber representado por los teatros del mundo. Él soñó siempre con ser un gran actor. Y delira. Cada noche sueña que está en el escenario de un teatro lleno de público... Hay que oírle declamar, Simón. Esta noche le ha tocado el «Tenorio».⁵

SIMÓN.—¡Hum! De remate.

ANA.—Y lo hace muy bien. (*Una pausa*) Y anhelando también que un día aparezca un barco que nos salve.

SIMÓN.—¡Ana! Acabaremos todos locos. (*Una pausa*).

ANA.—(*Sécase una lágrima*) Hoy hace diez años, Simón.

SIMÓN.—¡Diablo! ¿Estás segura?

ANA.—Sí. Una noche como esta desapareció de la isla el «yacht» del señor que nos había traído, dejándonos aquí para siempre. Estoy segura. Han pasado diez primaveras. (*De pronto*) Óyeme, Simón...

SIMÓN.—(*Emocionado*) ¿Qué quieres, mujer?

ANA.—Desde entonces tengo una duda. Nunca te lo dije. ¿De verdad fueron los marineros quienes huyeron con el barco porque no quisieron seguir al señor en este capricho suyo de vivir apartado del mundo, o fue el propio señor quien compró a la tripulación para que nos abandonara? No te lo dije nunca, Simón, pero lo he pensado siempre. Fue tan extraño todo lo que sucedió...

SIMÓN.—¡Ana!

ANA.—Recuerdo que el señor apenas se alteró cuando a la mañana le dijimos que el barco había huído. Subió a la playa y se quedó mirando al mar. Yo creo que fue más feliz que nunca...

SIMÓN.—¡Chiss! Calla ahora. Mira...

⁵ *Don Juan Tenorio* (1844), de José Zorrilla (1817-1893).

(Entra Pedro. Viste túnica como los otros personajes. Ojos excitados de insomnio. Vivaz y un poco tronitonante. En la cabeza, como un dios mitológico, una coronita de hojas verdes)

PEDRO.—Ana, Simón, amigos míos... Estoy apuradísimo.

ANA.—¡Don Pedro!

SIMÓN.—¡Caramba! ¿Qué sucede?

PEDRO.—*(Desolado)* ¡Se me ha olvidado el «Tenorio»!

ANA.—¡Oh!

SIMÓN.—¡Demonio!

PEDRO.—Así, como os lo cuento. Ha sido terrible... De pronto, en medio de la representación...

SIMÓN.—*(Atónito)* ¡Digo! ¡En medio de la representación!

ANA.—Déjale...

PEDRO.—¡Espantoso! Estoy avergonzado. Fue en la escena con don Luis. Yo antes había estado magnífico. Lleno de empaque, de brío. Pero cuando comencé

(Y declama con delicioso énfasis):

Pues, señor, yo desde aquí
buscando mayor espacio
para mis hazañas, di
sobre Italia, porque allí
tiene el placer un palacio.
De la guerra y del amor
antigua y clásica tierra
y en ella el emperador
con ella y con Francia en guerra.
Díjeme...⁶

¿Eh? «Díjeme»... Nada, no sale. ¡Se me ha olvidado!!

SIMÓN.—¡Diablo!

PEDRO.—¿No es tremendo? Es atroz, Simón. Estoy perdiendo facultades. Me flaquea la memoria. *(Emocionadísimo)* La otra noche también se me olvidó el «Cyrano»⁷...

6 Escena 12 (primera parte, acto 1).

7 *Cyrano de Bergerac* (1897), de Edmond Rostand, drama muy popular, estrenado en España el 1 de febrero de 1899, con Fernando Díaz de Mendoza como protagonista. Desde entonces, junto con otros como Otelo y Don Juan, era un papel de prestigio para cualquier actor.

SIMÓN.—¡Oh!

PEDRO.—Sí, sí... Es una vergüenza (*Recita casi en un sollozo*).

Son los cadetes de la Gascuña
que a Carbón tiene por Capitán...
Son...

¿Eh? ¿Has oído? Pues no sé más, no me acuerdo. «Son...» ¡Nada! Que no.
¡Oh, Dios!! (*Nostálgico*) Llevaba una temporada preciosa. La semana pasada soñé que representaba «Hamlet» en Dinamarca, en la explanada del palacio, en presencia de los reyes. Fue una maravilla... (*Con amargo reproche*) Vosotros no vinisteis.

SIMÓN.—¿Qué quiere usted? Están tan mal los ferrocarriles...

PEDRO.—¡Olvidar el «Tenorio»! Mi obra favorita... ¿Qué diría de mí el público, Simón?

SIMÓN.—¡Pche! Procuraremos que no se entere...

PEDRO.—¡Dios! ¡Dios! (*El violín vuelve de nuevo a oírse con la Sonata. Una pausa. Pedro, en una brusca transición, cierra sus puños crispados*) Toca, Andrés... Puedes lucir tu genialidad y tu arte para ti mismo, en este rincón del mundo donde nadie sabe que existes, donde es inútil ser el mejor artista de la tierra... Toca, sí, de noche y de día, a todas horas, Andrés Kovach. Toca como un loco, o un fantasma, o un diablo. Pero de ti no me da lástima. ¡Tú eres el culpable de lo que nos sucede! Fuiste tú quien nos trajo a pasar una temporada en tu refugio de la isla desierta. ¿Te acuerdas? Era un capricho del gran artista... Vivir aquí, escondido en medio del mar. Vestidos con estas túnicas como los hombres de otros tiempos... Odiabas el mundo porque una mujer te había hecho desgraciado. ¡Tú, vanidoso del diablo, creíste que todo el mundo eres tú! (*Todo rencor*) ¡Cómo te alegraste cuando los marineros huyeron con el barco dejándonos aquí, perdidos, para siempre!

ANA.—¡Oh!

SIMÓN.—Pero, señor.

PEDRO.—Has arruinado mi vida, Andrés. Esto fue tu amistad... Yo hubiera sido un gran artista. Un actor famoso en todo el mundo... Lo sé. Me has perdido. Diez años ya, sin mis teatros, lejos de las gentes, olvidado mi nombre, sin mis libros... ¡Ah, cómo te odio, Andrés!

ANA.—Es horrible oírlo... Y así siempre. (*Calla el violín. Una pausa*).

PEDRO.—(*Fatigado de hablar. Tiene otra voz*) Simón. Ven aquí. ¿Tú crees que todavía es posible? ¿Verdad que un día puede aparecer en el mar un barco que nos lleve otra vez al mundo? ¿Verdad que aún es tiempo?

SIMÓN.—Sí, sí, señor...

PEDRO.—¡Vendrá! Yo volveré allí, a París, a América... ¡Triunfaré! (*Transición*)
Mientras, dejadme creer que soy un gran artista. Que me aclaman las gentes...
(*Suplicante*) ¿Vendréis esta noche a la función?

SIMÓN.—¡Hombre! Si hace usted algo divertido.

PEDRO.—(*Solemne*) ¡«Otelo»!⁸

SIMÓN.—¡Caramba! ¿Por qué no pone usted «La viuda alegre»?⁹ Es muy bonita.

PEDRO.—¡¡Simón!! (*Irrevocable*) Haré «Otelo». Es mi obra. Todavía no la he olvidado... ¡Oh, Dios, si pudiera recordar el «Tenorio»!

De la guerra y del amor
antigua y clásica tierra,
y en ella el emperador
con ella y con Francia en guerra.
Díjeme...

(*Desesperado*) «Díjeme»... ¡Nada! Es inútil. ¡¡Maldición!! (*Y Ana desaparece*).

ANA.—Me da miedo este hombre, Simón.

SIMÓN.—Mujer... Es un gran amigo del señor. Se quieren desde niños. Le llevaremos la corriente. Iremos a la función.

ANA.—No me fío. Es un loco.

SIMÓN.—¡Mi pobre Ana! (*Conmovido*) Yo seguí al señor hasta aquí, por fidelidad... Hubiera ido con él a cualquier rincón del mundo: como él no hay otro. Pero tú viniste solo porque no podías separarte de mí...

ANA.—Cállate... Yo no soy desgraciada. Viviría así toda la vida. Si a veces lloro no es por mí. Es por ella.

SIMÓN.—¿Por la muchacha?

ANA.—Sí... (*Un silencio*) Cuando vinimos aquí era una niña. Pero han pasado diez años y ya es una mujer. Ha crecido aquí, entre nosotros, sin más cuidado que el mío, pobre de mí, rodeada de unos hombres trastornados cada uno con su pesadilla. Nadie ha visto que la pequeña crecía de día en día, ni siquiera su padre, loco con sus recuerdos y su violín. ¡Pobre hija mía! La mayor locura del señor fue traer aquí a la niña...

SIMÓN.—¡Fue por odio a la madre!

ANA.—¡Una locura, Simón! Un pecado. ¿Qué va a ser de ella? Mientras Estrella fue una niña y se dormía con mis canciones o con los cuentos de Tony, bien se la podía engañar. Ahora no es posible. Es ya una mujer. ¡Y tan bonita, Dios mío! ¡Si la oyeras preguntar a todas horas! ¡Sueña tanto!

8 *Otelo, el moro de Venecia* (1600-1602), de William Shakespeare, como *Hamlet*.

9 *La viuda alegre*: opereta de 1905. Música de Franz Lehár; libreto de Viktor Leon y Leo Stein.

SIMÓN.—¡Bah! Fantasías tuyas. Si no conoce el mundo ¿cómo ha de soñar con él?

ANA.—Sí, sí. Sueña como todas las mujeres a su edad... Por eso, como no conoce el mundo, lo quiere adivinar, soñando. Y tiene un sueño más terrible que ninguno. Una locura.

SIMÓN.—Dilo, Ana; me asustas.

ANA.—¡Estrella sueña con escapar!

SIMÓN.—¡¡Oh!! ¡Escapar de la isla! ¡Qué disparate! Es imposible.

ANA.—(*Sonríe*) Si supieras cuántas noches ha huido con la imaginación... Lo sé. Lo adivino. Lo veo en sus ojos. Y me da miedo. ¡Mi niña! (*Aparece Tony en lo alto de la escalera. Baja cachazudamente. Es un anciano marinero de facha desaliñada. Barbas blancas y revueltas. Gorra de visera, viejísima. Entre su chaquetón abierto se ve el torso recio y musculoso ceñido por un sucio jersey a listas horizontales blancas y azules. La voz un poco ronca y los ojos perdidos hechos a mirar el infinito.*)

TONY.—¡Buenos días!

SIMÓN.—¡Hola, Tony!

ANA.—Tony... (*Yendo a él, con cariño*) ¿Estás loco? Otra noche en la playa. Vas a enfermar. Ya eres muy viejo...

TONY.—Ca, no creas, Déjame a mí, Ana. Yo lo paso bien. Aquí no podría dormir. Se pudre uno. Arriba, en la playa, huele a mar. Y se le oye... Vosotros no entendéis esto porque no sois marineros. Además, una noche puede pasar cerca un barco que nos salve, que nos lleve otra vez al mundo, y quiero ser yo, yo, quien lo descubra. Bajaré corriendo a despertaros a todos: al señor, a la niña, a vosotros, a ese cómico loco... ¡Ah! Tú lo verás. Ya gritaréis entonces «¡Viva Tony!» (*Ríe*) Algunas noches tengo pesadillas. Esta he tenido una bien extraña.

ANA.—¿Tú, Tony?

SIMÓN.—¿Una pesadilla?

TONY.—Sí... Yo estaba mirando fijamente al mar. Había buena luna. De pronto apareció lejos, muy lejos, una mancha, como un barco. Qué brinco me dio el corazón. Estuve a punto de gritar. Recé... Y de pronto el barco estalló lleno de fuego, como un ascua; después el mar se tragó las llamas... Luego nada. (*Triste*) ¡Pche! Era mentira. Un sueño. (*Transición*) ¡Ana! Yo creo en los sueños. ¿Será que la isla está maldita y arderán todos los barcos que se acerquen aquí?

ANA.—¡No! Eso no, Tony.

TONY.—¡Claro! (*Como un niño*) Es una tontería... No hay brujas ni maldiciones. (*Con gozo ingenuo*) Una noche vendrá un barco. Lo sé... Tiene que venir. Hace diez años que lo espero... Volveré allí, a mi país, a mi puerto. Di, Ana:

¿tú crees que vendrá? (*Y muy cerca, a punto de aparecer, se oye la voz fresca y joven de Estrella*).

ESTRELLA.—¡Sí, Tony! ¡Vendrá! (*Entra. Es muy joven, túnica blanquísima con muchos pliegues. Pelo largo y alegre caído sobre los hombros tan delicados*).

TONY.—(*Alborozado*) ¡Estrella!

ANA.—(*Jubilosa*) ¡Niña!

ESTRELLA.—(*Yendo hacia el viejo y acariciándole con ternura*) Mi viejo querido... (*Sonríe*) Vive tranquilo. Un día vendrá ese barco: será cuando menos lo esperemos; como un milagro. Nos llevará a través del mar muy lejos de aquí. En el viaje tú volverás a cantar con tu acordeón esas canciones tan bonitas que sabes...

TONY.—¡Mi pequeña! Da gloria oírla.

ESTRELLA.—(*Riendo*) ¡Estoy segura, Tony! Tú lo verás.

TONY.—¿Has oído, Simón? Vamos... Vendrá un barco. Quizá esta noche... O mañana. ¡Quién sabe! (*Salen Simón y Tony*).

ESTRELLA.—(*Cuando Tony y Simón desaparecen, la muchacha queda ensimismada; luego oculta la cabeza entre las manos. Y solloza estremecida y temblorosa*) ¡Oh!

ANA.—(*Con susto*) ¡Estrella!

ESTRELLA.—¡No vendrá! ¡El pobre viejo tiene razón! ¡La isla está maldita! Jamás pasará un barco por este mar. ¡Nunca, nunca! (*Solloza de nuevo*) ¡Oh! ¡Dios mío!

ANA.—¡Mi niña! ¡Mi Estrella! No llores.

ESTRELLA.—¡Sí! ¡Todos estamos maldecidos! Moriremos aquí, Ana. Pasarán los días y los inviernos. Uno tras otro. Un día perderemos la esperanza. Tony morirá de pena, Pedro enloquecerá para siempre... ¡Mi padre seguirá tocando su violín! Y yo también me volveré vieja y loca...

ANA.—¡Oh, no! Calla, hija mía... ¡Calla! ¡Señor!

ESTRELLA.—¡No quiero! Déjame gritar... Lo necesito... No puedo resistir esta vida. Me ahogo. Yo sé que allá, al fin del mar, está el mundo. Pero yo no llegaré nunca a él... Y si al menos pudiera dormirme para siempre, no sentir cómo pasan los días, hasta que llegue la muerte; si supiera vivir en un sueño esta vida de soledad y de horror... Pero no puedo, Ana: cada vez siento con más fuerza dentro de mí esa ilusión de volar, ese deseo de vivir. Un ansia tremenda de escaparme de aquí... ¡Ah! ¡Si tú supieras qué esfuerzo cuesta sofocar esa obsesión! Cómo hay que taparse los oídos durante la noche para no escuchar la voz que suena dentro de mí misma: «¡Corre, Estrella, escápate! Vamos, ahora que duermen todos. Vete, Estrella; vete. ¡Escápate!!» (*Estremeciéndose*) Y durante el día también: es igual a todas horas. «¡Vete

Estrella!» Hace mucho tiempo que no subo a la playa... (*Con espanto*) Tengo miedo de no poder un día resistirme a mí misma y lanzarme al mar....

ANA.—(*Horrorizada*) ¡Hija querida! ¿Qué dices? El mar sería la muerte.

ESTRELLA.—¡Pero sería la libertad!!

ANA.—¡Estrella! ¡Mi pequeña!

ESTRELLA.—(*Fatigada*) Quiero escapar, Ana. No puedo resistir este deseo. ¡Escapar de aquí! ¡Quiero vivir como todas las mujeres!

ANA.—(*Acariciándola*) Vivir... ¡Pobre hija mía! Tú no puedes saberlo, pero la vida en el mundo a veces es muy amarga.

ESTRELLA.—(*Revolviéndose; agitándose ella misma como sus cabellos*) ¡Mentira!

ANA.—¡Hija!

ESTRELLA.—¡Mentira! La vida es la felicidad. Solo por vivir se puede ser dichoso...

¿Por qué me arrancasteis del colegio cuando era una niña, para traerme aquí y hacerme desgraciada? ¿Por qué, Ana? ¡Dilo! ¿Por qué hizo mi padre esta locura? ¿Por qué? Yo quiero vivir. Y ser feliz. ¡Como lo fue mi madre!

ANA.—¡Estrella! (*Mirando al interior con susto*) ¿Qué sabes tú de tu madre?

ESTRELLA.—¡Pobre mamá! (*Tornándose en dulzura y encanto lo agresivo de su voz y su emoción*) Sí, lo sé. Parece que la veo todavía. Cuando llegaba al colegio para verme, en vacaciones. ¡Cómo me envidiaban todas las pequeñas mi mamá bonita! Era hermosísima, con sus manos tan finas y tan blancas... Qué orgullosa me sentía yo de mi madre. (*Con angustia*) Háblame de ella, Ana... (*Y Ana solloza*) ¿Por qué te niegas siempre? Di... ¿Por qué tiembles cuando la nombro? ¿Por qué lloras, Ana? (*Suenan unos compases de violín. Estrella vuelve hacia allí la cabeza*) Es él quien lo impide, ¿verdad? ¡Mi padre! (*Una pausa. Calla la música. Una transición de Estrella*) Pero ya no importa, Ana. No es necesario que hables, lo sé todo.

ANA.—(*Sobresaltada*) ¿Eh? No sabes lo que dices, Estrella. ¡No es posible!

ESTRELLA.—Sí, Ana... Lo sé. (*Baja la voz*) Escucha. Le he robado a mi padre el diario de mamá...

ANA.—¡Estrella!

ESTRELLA.—Chiss... ¡No grites! Lo tenía escondido entre sus libros... Fue hace dos días. Ya lo he leído todo. Ya sé cómo era mi madre. Cuando era una muchacha como yo. (*Sonríe*) ¡Pobre mamá! Cómo soñaba. Escribió todos sus sueños día a día. ¡Yo sueño ahora como ella, Ana! (*En soliloquio*) Pero ni yo misma lo sabía. De pronto siente una que se cierran los ojos y el pensamiento se va lejos, muy lejos... Vienen todos los recuerdos. El colegio, los vestidos de las gentes elegantes del paseo y parece que una se siente otra vez allí, pero ya mujer como ahora... Tú no puedes saber, Ana, qué maravilloso es vivir así una vida que no se conoce... Mi madre soñaba como yo. Un día escribió

que había soñado cómo unos brazos le cogían la cintura y le acariciaban el peinado. Era un hombre desconocido, lleno de alegría y de amor... Mamá llegó hasta a oír su voz. (*Transición, aterrada*) ¡Ana, Ana, es horrible! Yo también he soñado así muchas noches... No sabía por qué era tan feliz con los ojos cerrados, pero era esto... Era que un hombre me cogía por la cintura... Y he oído su voz: (*Muy bajo*) «Estrella, Estrella, Estrella...» Era un sueño, Ana. ¡Un sueño! (*Y solloza*).

ANA.—¡Hija! ¡Aparta esas locuras de tu cabeza!

ESTRELLA.—No puedo Ana... No se manda en los sueños. (*Sonríe*) Y además, no quiero. ¡Es tan maravilloso mi sueño!

ANA.—¡Dios mío!

ESTRELLA.—No llores, Ana... Mi pobre Ana. (*Acariciándola con ternura*) Ven. Nos esperan para el desayuno. Mi padre estará impaciente. Ven, Ana.

ANA.—¡Estrella!

ESTRELLA.—Vamos. Como todos los días. Y así, para siempre, para siempre... ¡Y aún quieres que olvide mi sueño!

(*Salen. Queda la escena sola. Un silencio. Al fin, se oye jubilosa la voz de Marcel debajo de la escalera.*)

MARCEL.—Hans... ¿Has oído? ¿No es maravilloso todo esto? ¡Oyes, Hans? ¡Hans! ¡Hans! Pero, hombre... ¡Pues no se ha dormido! (*Indignadísimo*) Bueno. ¡Es el colmo! (*Surge Estrella por el sitio que marchó. Viene como huyendo. Cruza de puntillas. Mira a todos lados. Al fin, decidida va a alcanzar la escalera. Pero brusco, jovial y alegre, aparece Marcel y la corta el paso*) ¡Estrella!

ESTRELLA.—(*Un grito despavorido y sofocado*) ¡Ay!

MARCEL.—¡Calla! No grites...

ESTRELLA.—(*Estremeciéndose. Un grito sordo*) ¿Quién? ¿Quién es?

MARCEL.—(*Dulcemente*) ¡Chiss! Ven aquí... Mírame. No temas. (*Alegre, emocionado, erguido, magnífico*) ¡Yo soy el sueño! (*Y se la lleva hacia la escalera mientras cae el*

TELÓN

ACTO SEGUNDO

(El mismo decorado. Horas después. Mediodía. Se alza el telón. Vemos que, en efecto, es Simón quien solo en escena golpea el «gong» entre gestos y gritos desaforados. Está sofocado, lleno de pavor. Asustadísimo)

SIMÓN.—*(Mientras grita y da golpes en el «gong», que retumba estruendosamente)*
¡Ana! ¡Pedro! ¡Tony! *(Todo excitado)* ¡Pronto! ¡Venid! ¡Ana! ¡Tony! ¿Dónde estáis? *(Entra Pedro casi corriendo, demudado)*.

PEDRO.—¡Cristo! ¿Qué te pasa?

SIMÓN.—¡Ahí! Ahí está. ¡Ana! ¡Tony! *(Golpes de «gong»)*.

PEDRO.—Pero, ¿te has vuelto loco, mamarracho?

SIMÓN.—¡Ahí está!! ¡Debajo de la escalera! *(Pedro corre, indignado y mira. Un brinco)*.

PEDRO.—¡Demonio!! *(Aterrado. Sin voz casi)* ¡Eh! ¿Quién es este hombre?

SIMÓN.—Ana, Ana, Tony... *(Aparece Ana)*.

PEDRO.—¿Qué es esto?

ANA.—¡Simón!

SIMÓN.—*(Sin voz casi ya)* ¡Ahí! Ahí... ¡Miradlo!

ANA.—*(Va. Se santigua)* ¡Santo Dios!

TONY.—*(Entrando)* ¿Qué diablos sucede? ¡Oh!! ¡Un hombre!

SIMÓN.—¡Un hombre! ¡Un hombre! ¡Yo lo he descubierto! ¡Yo!

PEDRO.—¡Está durmiendo!

SIMÓN.—Ya lo sé. Es un fresco.

ANA.—¡Dios Santo! ¡Un milagro!

PEDRO.—Es inconcebible... No puedo creerlo. ¿Cómo ha venido este hombre? ¿Por dónde?

TONY.—Mirad... *(Como un chiquillo)* ¡Se ha movido!

ANA.—¡Va a despertar! ¡Señor!

PEDRO.—¡Demonio! Estoy emocionadísimo. ¿Quién será? ¿No estamos soñando? *(Vuelven todos al centro de la escena. Están nerviosos, turbados; se arreglan el peinado, los vestidos, etcétera...)* ¿Qué vamos a decirle?

SIMÓN.—¡Hombre! Lo primero... ¿Cómo está usted? Es lo corriente.

PEDRO.—Estoy nerviosísimo, Simón. Me gustaría tener un chaqué.

SIMÓN.—¡Digo!

PEDRO.—Y un sombrero de copa... ¿Qué va a decir de nosotros? Con esta facha. Así no se puede recibir a nadie.

ANA.—¡Miradlo! Ya se mueve. ¡Dios mío!, cuando lo sepa el señor...

TONY.—¡Oh, oh, oh! (*Palmoteando como un niño*) ¡Aquí está! (*Y así es. De la escalera sale Hans. Sonríe ruborizado. Los contempla con cariñosa curiosidad. Los demás le abren paso azoradísimo*).

HANS.—(*Sonriendo*) Buenos días...

(Una pausa. Hans avanza hasta el centro. Los demás le observan. Se mueven en torno suyo)

PEDRO.—¿Has oído, Pedro? ¡Je! Ha dicho buenos días... Es simpatiquísimo.

SIMÓN.—Hombre, sí. Buenos días... Muy ingenioso.

ANA.—(*Se santigua*) ¡Señor! ¡Señor!

TONY.—Es un gran mozo.

HANS.—Discúlpenme... Me dormí. Llevaba muchas horas sin dormir.

PEDRO.—¡Caballero! Ni una palabra. (*Finísimo*) Está usted en su casa. Aquí somos todos muy campechanos. (*Transición*) Caballero, me muero de curiosidad. No puedo más... ¿Quiere usted decirnos cómo ha llegado usted a la isla?

HANS.—En una barca.

TODOS.—¡En una barca!

TONY.—¡Una barca!

HANS.—¡Sí! Está arriba, amarrada en la playa.

TONY.—¡Una barca! Yo quiero verla... Voy a la playa. Hace doce años que no veo una barca...

ANA.—¡Tony!

TONY.—¡Oh!, Dejadme, dejadme! ¡Una barca!

(Y trabajosamente, pero lleno de entusiasmo, emocionadísimo, asciende por la escalera y desaparece)

SIMÓN.—¡Tony!

ANA.—¡Con cuidado, Tony!

PEDRO.—El pobre... No es un hombre de mundo. Figúrese usted: se ha impresionado. Y total ¿por qué? (*Sonríe*) Como si venir aquí en una barca tuviera algo de particular... (*Transición*) Pero, ¿qué estoy diciendo? ¿Cómo es posible atravesar el Pacífico en una barca?

HANS.—Yo le explicaré... Tranquilícense. Fue un naufragio.

TODOS.—¡Ah!

HANS.—¡Es la guerra!

PEDRO.—¡Diablo!

SIMÓN.—¿La guerra? ¿Tú oyes, Ana?

ANA.—¡La guerra!

PEDRO.—¡Ha estallado la guerra! (*Muy indignado*) ¡Y nosotros sin saberlo!

SIMÓN.—Ya, ya.

PEDRO.—Oiga usted. ¿Y qué dice el mariscal Hindenburg?¹⁰

HANS.—¡Oh!

(Bajo un arco lateral aparece la figura de Andrés Kovach. Alto, erguido, gran señor, cara pálida, pelo gris... Todo él abandonado y artista. En los ojos, siempre una vaga humedad. Túnica de color rojo indio que le llega hasta el suelo. Una vida interior rebosante)

ANDRÉS.—¡Simón!

(Silencio en todos)

ANA.—¡Señor!

SIMÓN.—¡Señor!

PEDRO.—(*Jubilosísimo*) ¡Mira, Andrés! Te voy a presentar...

ANDRÉS.—Calla, Pedro. Lo oí todo. Gritabais tanto...

HANS.—(*Suspense de emoción. Avanzando un paso hacia Andrés*) ¡Andrés Kovach!

TODOS.—¡Ah!

HANS.—¡Era él! ¡El maestro! Andrés Kovach... Yo no me equivocaba... Solo él podía tocar así la Sonata. ¡Andrés Kovach!

TODOS.—¡Ah!

ANDRÉS.—(*Sorprendido*) ¿Me reconoce usted?

HANS.—¡Oh! Maestro, maestro...

ANDRÉS.—Gracias.

HANS.—¡Maestro!

ANDRÉS.—(*Una pausa. Mirando a Hans*) Retiraos, Simón. (*Simón y Ana salen lentamente*) Vete, Pedro.

PEDRO.—¿Yo también, Andrés?

ANDRÉS.—Sí, te lo ruego.

¹⁰ *Mariscal Hindenburg* (1847-1934): héroe alemán de la I Guerra Mundial y segundo presidente de la República de Weimar 1925-1933. Tras doce años en la isla, están atrasados de noticias.

PEDRO.—(*Suplicante*) Óyeme, Andrés. Hace doce años que no sabemos nada del mundo. Este hombre, aquí, es como un sueño. Solo quiero verle. Y oírle. Déjame oírle, Andrés.

ANDRÉS.—Luego, Pedro... Más tarde.

PEDRO.—(*Todo coraje*) Caballero, esta tarde daré en su honor una función de gala. Tengo mucho gusto en invitarle... (*Va a salir y vuelve*) Pero, por lo menos, una pregunta. Me muero de curiosidad, caballero: ¿de veras da resultado el cine sonoro?¹¹

HANS.—Sí...

PEDRO.—¡Hola! Entonces...

(Y se marcha preocupadísimo. Quedan solos Andrés y Hans. Andrés se sienta fatigado. Hans le mira largamente y luego acude a su lado)

HANS.—¡Andrés Kovach!

ANDRÉS.—Sí... ¿Quién es usted?

HANS.—Hace doce años que el mundo entero se pregunta por Andrés Kovach. Los periódicos de todos los países siguen todavía hablando de su desaparición... Se le ha buscado en América, en Europa. En todos los continentes. El más famoso violinista del mundo, ídolo de los públicos, el que tocaba como un iluminado la «Sonata a Kreutzer» desapareció una noche de París, hace doce años, sin dejar rastro. Lo buscó la policía... Fue inútil. No se le encontró. (*Todo entusiasmado*) Y soy yo, ¡yo!, el más humilde de sus discípulos, quien le descubre en una isla del Pacífico, en este rincón del mundo...

ANDRÉS.—¿Es usted músico?

HANS.—Sí.

ANDRÉS.—¡Ah! (*Conmovido*) Acérquese. Hace un instante hubiera jurado que era usted un policía. ¡Perdóneme! Tengo un poco de fiebre... Venga, hijo mío.

HANS.—¡Maestro! Si usted supiera cómo he soñado con usted... Casi de niño le oí tocar una noche en la sala Raymond de París... ¡Cómo sonaba su violín aquella noche! De madrugada, volví a encerrarme en mi cuarto con mi pobre violín entre las manos y lloré de rabia y de coraje. ¡Y lo he encontrado yo! ¡Yo!! ¿Comprende usted? ¡Cómo lo adiviné esta mañana al oír la Sonata! Mientras tantas gentes en el mundo intentan descubrir su paradero...

¹¹ Los inicios del cine sonoro, entre 1929 y 1930 alentaron dudas sobre su continuidad, en algunos sectores que defendían la primacía del cine mudo. De nuevo, es coherente que Pedro aluda a esas polémicas como cosa actual.

ANDRÉS.—¿Todavía me buscan?

HANS.—¡Siempre!

ANDRÉS.—¡Oh!

HANS.—Y aún preguntan: ¿por qué desapareció? ¿Por qué, maestro? ¿Por qué?
(*Mirándole profundamente y derramando después la mirada sobre las vestiduras de Kovach y en el vacío del escenario*) ¿Por qué?

ANDRÉS.—¡Muchacho!

HANS.—¿Por qué esta extraordinaria locura?

ANDRÉS.—¡Calle! (*Sonríe*) Vea usted: una gran aventura. Esto es todo...

HANS.—¡Maestro!

ANDRÉS.—Un día, hace muchos años, comprendí -¡ojalá que usted no lo comprenda nunca!- qué inútil es vivir cuando ya solo se guarda odio para los hombres y para el mundo entero. Usted seguramente ha sufrido muy poco. Tiene aún esos ojos tan dulces y llenos de alegría... Míreme a mí. Si supiera usted qué atroz es sentir que día a día se va llenando el alma de rencor. El delito de los que nos engañan no está en su engaño, sino en que ya no nos dejan soñar que no nos engañarán nunca... ¿Comprende usted? A mí me engañaron. Fue una traición horrible. Y aborrecí la vida y los hombres. ¡Y las grandes ciudades llenas de mentira y de maldad! ¡Y a ese mundo estúpido y canalla que se cree civilizado porque lo disculpa todo sin comprender nada! (*Una pausa. Otra voz*) Un día, en mi juventud, durante un viaje por Oriente, tuve el capricho de construir este subterráneo en una de esas pequeñas islas desconocidas del Pacífico. Era yo tan caprichoso y tan artista entonces... Lo hice con el mayor sigilo. No lo supo nadie. Yo soñaba con descansar aquí, alguna vez lejos de todos, solo con ella... Vestidos con estas túnicas. Vivir una vida nueva y alegre en soledad, sin otra compañía que mi violín, el mar y los árboles de la isla. Y, además, la amaba tanto... (*Se detiene. Muy fatigado*) ¡Y fue ella misma quien me engañó! ¿Me oye usted?

HANS.—¡Por favor!... Cállese.

ANDRÉS.—Cuando descubrí su traición, solo supe huir. Huir de todos, de mí mismo, de mi vida llena de desconsuelo y de lágrimas. Recordé este escondite mío en medio del mar. Salí de París una noche como un delincuente. Embarqué en mi «yacht» con mi hija, dos criados y Pedro, mi pobre amigo tan loco y tan desgraciado. Proyectábamos vivir aquí una gran temporada. Hasta olvidar para siempre. Lo preparamos todo. La isla es rica: está llena de frutas, de sol y de hojas verdes. Simón es un gran cazador... Nos trajo mi «yacht». Pasaron unos meses. Una tarde los marineros que tripulaban el «yacht» me anunciaron que no estaban dispuestos a seguir viviendo lejos del mundo. Temblé... Pensé en lo que sería otra vez la vida allá en las grandes

ciudades, en París... Les rogué que aguardasen un poco todavía. Callaron. Pero fue inútil. A la noche, cuando todos dormíamos se hicieron a la mar en mi «yacht». Solo quedó conmigo el viejo Tony, el más fiel de todos. Desde entonces aquí estamos: han pasado doce años...

HANS.—¡Es extraordinario! ¡Doce años ausentes del mundo, como muertos!

ANDRÉS.—Ni un solo barco pasó ante la isla en este tiempo... Está en una ruta tan extraña... Han ido transcurriendo los días uno tras otro, a solas con mi violín. Una vida sin noches, ni días. Una vida sin ninguno de los estímulos que brinda la civilización. El mar, la isla y cada uno de nosotros en nuestra propia soledad... El mundo, tan lejos, que apenas existe para mí en el recuerdo. ¡Si lo supieran esos policías, esos periodistas, esas gentes que aún me buscan por el mundo! (*Emocionado*) Pero, aunque me busquen aprisa y aparezcan aquí un día, llegarán tarde... Lo sé. Voy a vivir muy poco.

HANS.—¡Maestro!

ANDRÉS.—¡Calle usted! (*Mirando adentro*) No lo sabe nadie. Solo me creen perturbado por mis recuerdos y mi dolor... Yo sí. Este pobre corazón ha sufrido tanto que resistirá muy poco; estoy seguro... Anoche, de madrugada, creí que todo acababa. Un ahogo... Una asfixia. ¡Ah! La muerte...

HANS.—¡Oh! Basta, maestro. Es preciso hacer algo. ¡Salir de aquí! No sé cómo. ¡Pero volver a Europa! ¡Acabe ya esta aventura! ¡Hay que salvarlo!

ANDRÉS.—¡Silencio! Cállese... Ya es tarde. (*Sonríe*) ¿Cree usted que cuando muera me seguirán buscando?

HANS.—Le buscarán siempre. A usted y a ella...

ANDRÉS.—(*Palidece*) ¿Qué dice usted?

HANS.—(*Lentamente*) Sí. Andrés Kovach y su amada desaparecieron la misma noche de París.

ANDRÉS.—(*En pie*) ¿Cómo? Pero, ¿es que a ella tampoco la encontraron? ¡Hable!

HANS.—No, maestro. Hasta hace un instante yo mismo creí que ella estaba aquí con usted.

ANDRÉS.—(*En pie, excitadísimo*) ¡Ella aquí!! ¡No! ¡Qué locura! ¿Cómo ha podido usted pensarlo?

(*Y la voz de Marcel, más alegre que nunca, se oye desde arriba*)

VOZ DE MARCEL.—«Pour le repos, le plaisir du militaire»...

PEDRO.—(*Bajando muy aprisa la escalera*) ¡Andrés!

ANDRÉS.—¡Pedro!

PEDRO.—¡Otro!

ANDRÉS.—¿Qué dices?

PEDRO.—¡Otro!

HANS.—(*Alegre*) Es Marcel. Vinimos los dos. Fue él quien me salvó la vida.

PEDRO.—¡Otro! Pero este está loco. Le he visto bajar de un árbol, habla solo y no hace más que cantar.

MARCEL.—(*Aparece en lo alto de la escalera*) «“Aux Tourlouroux”, c’est le nom du cabaret»...

PEDRO.—¡Mírale!

ANDRÉS.—Esta bien... Vete, Pedro.

PEDRO.—¡Hum! (*Ofendidísimo*) ¡Egoísta! (*Y se va*).

MARCEL.—¡Hans!

HANS.—Aquí estoy, Marcel.

MARCEL.—Hola... Me gusta. Ya veo que no te has escapado. (*Se vuelve. Ve a Andrés y se acerca lentamente hacia él, muy risueño*) ¡Ah! Es usted... Andrés Kovach. (*Sonríe*) Buenos días. Usted es el gran Kovach... No, no; ni una palabra. Estoy enterado de todo... Doce años en la isla. Una gran tragedia en el pasado. Lo sé todo. (*Ríe*) Decididamente los grandes hombres superan en todo a los hombres vulgares. Un gran hombre como usted necesita para olvidar su dolor un rincón fantástico, en una isla desconocida. Los hombres vulgares apenas tienen tiempo de llorar sus penas, sentaditos en un tranvía...

ANDRÉS.—¡Se burla usted!

HANS.—(*Gravemente*) ¡Marcel!

MARCEL.—No; discúlpeme... Es que yo soy de la clase media. Pero la verdad es que no puedo burlarme. Es usted demasiado extraordinario. Y, además, le debo la más bella aventura de mi vida. Me gustaría estar aquí mucho tiempo, Andrés Kovach, mirándole fijamente, hasta que usted mismo me descubriera todos sus secretos... Porque usted tiene un gran secreto, ¿no es verdad? (*Sonríe*) No, no tema. No lo haré... (*Bruscamente*) ¿De veras cree usted que la vida es tan despreciable que merece ser enterrada en el subterráneo de una isla desierta?

ANDRÉS.—(*Mirándole enternecido*) Sí. Pero usted no puede comprenderlo.

MARCEL.—¡Oh!

ANDRÉS.—Es usted muy optimista y muy joven. Y la vida, la verdadera vida, empieza cuando uno ha dejado de ser alegre.

MARCEL.—Es decir: cuando uno comienza a parecerse a los muertos... (*Transición: vivo, enérgico*) Bueno. ¡Se acabó!

ANDRÉS.—¿Eh?

HANS.—¡Marcel!

MARCEL.—Prepárese usted para volver a vivir, Andrés Kovach... Su aventura ha terminado. ¡Fuera esa túnica! ¡Alégrese!

ANDRÉS.—¿Qué está usted diciendo?

HANS.—(*Anhelante*) ¿Qué dices, Marcel?

MARCEL.—¡Se acabó! ¿Lo oye usted? Óyeme tú también, Hans.

HANS.—Di...

MARCEL.—Ven aquí... Esta tarde tú y yo correremos una nueva aventura. Nos haremos a la mar en la barca. ¿Quieres?

HANS.—¡Sí!

MARCEL.—Yo estoy seguro de que a pocas millas de aquí, por el mar, anda la escuadra. La guerra está muy cerca. Si tenemos suerte nos salvaremos...

HANS.—¡Sí, Marcel!

MARCEL.—Es una locura, ya lo sé. La vida es triste o loca. Seamos un poco locos, que es la más bella manera de vivir. Estoy seguro de que regresaremos aquí a la noche a bordo de un barco y traeremos a la isla la libertad y la alegría... ¡Andrés Kovach y los suyos volverán a Europa, a París, al mundo...!

HANS.—¡Bravo, Marcel! Estoy a tus órdenes. ¡En marcha!

ANDRÉS.—(*Desde el fondo*) ¡No! Esperen.

HANS.—¡Maestro!

MARCEL.—¿Cómo?

ANDRÉS.—Sí; es preciso que ustedes salgan a la mar... Se salvarán, estoy seguro. Pero yo les pido con toda mi alma que se olviden de esta aventura... Que no cuenten a nadie que Andrés Kovach vive en este refugio. ¿Me oyen? Se lo ruego con todas mis ansias... ¿Me lo prometen? ¡Júrenlo!

MARCEL.—¿Qué dice usted?

ANDRÉS.—(*Angustiosamente, sin voz apenas*) Por piedad... Es algo superior que ustedes no podrán comprender jamás. Vine aquí porque este retiro era como un anticipo de la muerte... Déjenme... ¡Márchense! Y no vuelvan jamás; se lo exijo... ¿Todavía no me han comprendido? ¿Por qué piensan ustedes que Andrés Kovach se inventó una nueva vida sino porque odiaba la vida anterior? ¡Odio ese mundo! ¡Os odio a vosotros! ¡Odio vuestra civilización! ¡Fuera!! ¡Idos de aquí y no volváis jamás!

HANS.—¡Oh!

MARCEL.—(*Un silencio. Sereno, emocionado*) Volveremos, Kovach.

ANDRÉS.—¡Eh!

MARCEL.—Volveremos. Y a usted y a los suyos los arrancaremos de aquí por la fuerza de los puños, si es necesario.

ANDRÉS.—Pero, ¿qué es esto? ¡Con qué derecho me amenaza usted?

MARCEL.—No le amenazo... Le hablo en nombre de su propio derecho a vivir. ¡Termine ya esta aventura!

HANS.—Sí, maestro... Marcel tiene razón. ¡Oígale!

MARCEL.—¡Oígame, sí, Kovach! Suba usted a la playa y lance al mar ese dolor egoísta y soberbio. Aprenda usted a amar otra vez como cuando era un niño. El dolor solo se puede vencer con amor. Y la vida, la vida que ríe y llora todos los días es una cosa muchísimo más importante que el propio dolor.

ANDRÉS.—Pero yo detesto esa vida... ¿Lo oye usted?

MARCEL.—(*Insolente*) ¿Por qué?

ANDRÉS.—¿Cómo quiere usted que vuelva a amar a la vida y a los hombres si para mí la vida y la Humanidad entera eran ella: sus ojos, su risa, su amor? Cuando se ama, uno siente, sin saber por qué, que gobierna el mundo... ¡El mundo grande lleno de mar, de estrellas y de jardines! Pero es porque todo el mundo se tiene en la mano cuando a ella se la acaricia. ¡El mundo es ella! ¿No lo sabe usted? (*Estremeciéndose*) ¡Y fue ella misma quien me engañó!! ¿Lo oye? Hace doce años que estoy aquí y no he podido olvidarla. Algunas noches, cuando toco la Sonata, como aquella noche en que la conocí, creo que aparece ella misma ante mí, tan hermosa como entonces... ¡Y todavía la sigo maldiciendo! (*Esconde la cara entre las manos. Y se estremece*) ¡Oh, Dios, Dios!

MARCEL.—¡Pobre Andrés Kovach! ¡Doce años en este infierno! Usted que se creó una vida para olvidar, huyó de los hombres, pero se quedó entre sus propios fantasmas. (*Transición*) Además esto debe de ser aburridísimo...

ANDRÉS.—¡Cállese!

MARCEL.—(*Suspira. Sonríe*) No se puede ser demasiado triste: es muy poco elegante. Es mejor vivir con alegría. La vida es muy dura, pero no conozco nada más delicioso. (*Sonriendo encantado*) Pasear de noche por las ciudades, comprar claveles a las floristas, oír cómo suena el reloj de una catedral, enamorarse todas las primaveras, soñar con las artistas de cine... ¡Oh! Llorar un poco cuando no nos ve nadie y reír mucho cuando nos oye todo el mundo. Sonreír al menos... Créame usted. La sonrisa es el idioma universal de los hombres inteligentes. Yo he pensado a veces que solo son tristes los tontos y los delincuentes...

ANDRÉS.—¡Y es usted quien me habla de la alegría de vivir! (*Desganado e irónico*) ¡Usted: un soldado! ¡Un hombre que viene de la guerra, en nombre de esa Humanidad canalla que todavía no aprendió a vivir sin dolor! ¡Usted que, como todos, trae la barbarie y la muerte...!

MARCEL.—(*Lentamente*) ...Y el amor. Eso que usted no puede comprender porque tiene el alma seca de odio (*Transición, sonriendo*) Vamos. Todo ha terminado. Al amanecer será usted otro hombre...

ANDRÉS.—¡No!!

HANS.—Sí, maestro... Volverá usted a su arte, a triunfar otra vez.

MARCEL.—Piense usted en estas pobres gentes que le acompañan. Esos criados, ese pobre hombre que recita versos a media noche, ese marinero que se muere de nostalgia... ¿No siente usted piedad de ellos?

ANDRÉS.—(*Un gran silencio, lleno de angustia. Y después, con toda su alma*) ¡No! ¡No saldré de aquí! ¡Lo juro!!

HANS.—¡Oh!

MARCEL.—Pues bien... Oígame usted, Andrés Kovach. Tendrá usted que seguirme a la fuerza... ¿Lo oye?

ANDRÉS.—¿Eh?

MARCEL.—Es irremediable. Porque yo, yo, le he robado lo mejor de usted mismo, casi su vida entera... (*Con mucha emoción*) Estrella es mía.

ANDRÉS.—¡¡Qué!! ¡Mi hija!

HANS.—¡Oh, Marcel!

MARCEL.—(*Con una jubilosa solemnidad; tierno, dichoso, como emocionado*) ¡Estrella ya es mía!

ANDRÉS.—¡Mi hija! Pero, ¿qué ha hecho usted? Hable.

HANS.—¡Marcel!

MARCEL.—Ha sido maravilloso, Hans. (*Sonríe*) Figúrate. Yo era su sueño. ¡Yo! ¿No es un prodigio? Todas las muchachas sueñan con un amor... ¿Comprendes? Pero lo importante es que un hombre se reconozca a sí mismo en ese sueño... Y entonces él será el amado. Esta mañana, cuando tú dormías, Estrella contaba su sueño en voz alta. Yo la escuchaba debajo de esa escalera, temblando de alegría y de emoción. Porque las caricias que soñaba Estrella eran las mías, el sueño de amor que ella imaginaba era mi propio sueño que yo guardaba para mí, que yo estaba seguro de encontrar un día... Y ese día ha llegado. Yo soy el sueño de Estrella. ¿Comprendes, Hans? Estrella es para mí. Estrella es mía. La llevé arriba a la isla. Fue una maravilla, Hans. Es tan hermosa. Nos cogimos de la mano. Dios sonreía, estoy seguro. Cuando uno es feliz parece que oye la risa de Dios. Yo dije: «Señor, quiero a Estrella para mujer mía...» Como ha sido mi sueño, será mi vida.

ANDRÉS.—(*Espantado*) ¿Eh? Pero, ¿entonces...?

MARCEL.—(*Fascinado*) Sí, Estrella es mi mujer...

ANDRÉS.—(*En pie, temblando*) ¿Qué ha dicho usted? ¿Qué ha hecho?

HANS.—¡Maestro! Quieto.

ANDRÉS.—¡Mi hija! ¿Qué ha hecho usted?

HANS.—¡Por favor!

ANDRÉS.—¡Mi hija! ¡Mi hija! (*Gritando*) ¡Estrella! ¿Dónde estás? ¡Estrella! ¡Estrella!

(Y en la escalera aparece Estrella, deliciosa, feliz, más ingrávida aún)

ESTRELLA.—(Con dulzura) Aquí estoy, padre.

MARCEL.—¡Estrella!

ANDRÉS.—¡Estrella! (Inmóvil. La muchacha baja despacio los peldaños. Kovach la mira con angustia, cae rendido en un banco. Estrella lentamente va hacia él. Se arrodilla. Esconde su cara, llena de alegre rubor, en las rodillas de Andrés. Mientras, un gran silencio) Hija... Hija... ¿Qué has hecho? (Se ahoga).

ESTRELLA.—¡Padre!

ANDRÉS.—¿Qué has hecho? Ciega, loca. (Ronco) Ha sido inútil mi esfuerzo para que fueras distinta a todas las mujeres. Te traje aquí para que no adivinaras nunca la otra vida que está detrás de nosotros mismos... ¡La vida maldita! Quise que fueras siempre pura porque solo así podías ser dueña de ti misma. ¿Qué has hecho?

ESTRELLA.—¡Padre!

ANDRÉS.—(Cogiéndola de los hombros) ¡Dilo!

ESTRELLA.—Padre... La otra vida no está detrás de nosotros mismos. (Una mano en la frente) Está aquí, dentro, muy dentro... Y no es preciso llamarla porque ella viene a despertarnos. Llega por la noche cuando la vida verdadera de todos los días no existe, cuando no se oyen voces ni ruidos... Es el sueño, que llena el alma y la cabeza de palabras y de caricias... ¿No lo comprendes, padre? Yo no tengo la culpa, yo no llamaba a los sueños. Pero tenía la cabeza llena... Algunas veces me ardía la frente y quería pensar que era mejor vivir sola contigo, cantando por la playa con Tony, oyendo las historias de Ana... Y así siempre, siempre. Pero no es verdad... No puede ser. Si supieras, padre, si supieras... Cómo tiembla una cuando esa voz misteriosa dice que hay más, que la vida no se acaba nunca porque empieza en el sueño de todas las noches. (Un estremecimiento de gozo) Y entonces no es una dueña de sí misma... (Sonríe deliciosamente) Ni quiero serlo. ¿Comprendes, padre?

ANDRÉS.—¡Calla!

ESTRELLA.—Mi sueño era Marcel... Ni yo misma lo sabía. (Vuelve, sin alzarse del suelo, el rostro hacia Marcel. Sonríe) Míralo, padre.

ANDRÉS.—Calla.

ESTRELLA.—Está ahí...

MARCEL.—(Muy emocionado) Amor...

ESTRELLA.—Es tan alegre... Como la vida, padre. (Apoyando otra vez la cabeza en las rodillas de Andrés) ¡Le quiero! (Se calla y sueña) Es mi vida...

ANDRÉS.—(Muy pálido ya. Sin voz) ¿Qué dices? ¡Hija!

ESTRELLA.—(*Transición: en pie, alegre, anhelante*) Padre... Nos iremos de aquí ¿verdad? ¡Al mundo! ¡A la vida! Marcel nos llevará muy lejos... Dime que sí, padre. Dímelo...

ANDRÉS.—(*Escondiendo la cara entre las manos. Un sollozo*) ¡¡Oh!!

ESTRELLA.—¿Por qué no contestas? Di que nos iremos. ¿Por qué no hablas? ¡Oh! ¿Por qué no quieres? (*Corriendo a refugiarse aterrada en los brazos de Marcel*) Si te niegas seré capaz de ahogarme con él en el mar... ¡Lo juro!

MARCEL.—¡Estrella!...

(*Andrés solloza, una pausa. Asoma Pedro la cabeza y llama tímidamente*)

PEDRO.—¡Chiss! Andrés... Oye. Me parece que la muchacha tiene razón. Deberíamos irnos... Yo creo que ya hemos estado aquí una temporadita. ¿Eh, Andrés? (*Entra y se acerca*) ¡Je! Vámonos de aquí, Andrés... ¿No me oyes? Mira: todos estamos llenos de esperanza... ¿Querrás, Andrés? Di. (*Ya su lado, suplicante, casi de rodillas*) Yo siempre te he obedecido. Seguí todos tus caprichos. Pero ahora te lo pido con toda mi alma. Vámonos, Andrés... (*Un gemido*) Si no, me volveré loco y no quiero... ¡No quiero, Andrés! Yo quiero vivir. ¿Lo oyes? ¿Lo oyes? (*Entra Simón*).

SIMÓN.—¡Ea! ¿Cuándo nos vamos?

ANDRÉS.—(*Dolorosamente*) ¡Simón!

(*Dentro, arriba, un grito de Ana. Todos se vuelven con ansiedad*)

TODOS.—¿Eh?

ANA.—¡Señor! (*Surge en la escalera. Baja precipitadamente*) ¡Señor! ¡Señor!

SIMÓN.—¡Ana! ¿Estás loca?

PEDRO.—¿Qué pasa?

ESTRELLA.—¡Ana!

ANA.—¡El pobre Tony!

TODOS.—¿Qué?

ESTRELLA.—¡Oh, Ana!

ANA.—Estaba dentro de la lancha, alegre como una criatura. Daba saltos. Hablaba solo, se reía. Yo le vi desde lejos... De pronto cogió los remos, remó con todas sus fuerzas y se fue...

TODOS.—(*Espantados*) ¡Oh!

ANA.—Se fue por el mar adelante. Ya está muy lejos. Yo lo he visto. Le grité con toda mi alma, pero fue inútil... (*Llora*).

ESTRELLA.—(*Un sollozo*) ¡Tony!

SIMÓN.—¡Se perderá en el mar!

PEDRO.—¡Viejo loco!

ANA.—Fue la alegría... Iba trastornado. ¡Oh, Dios mío! ¡Pobre Tony! ¡Ya no lo veremos más!

SIMÓN.—¡Perecerá!

ANDRÉS.—Tony, loco... ¡Loco!

(Una pausa larga y angustiosa. Hans se vuelve lívido hacia Marcel)

HANS.—Se llevó la barca. Ya es irremediable, Marcel... ¡¡Aquí para siempre!! ¡¡Para siempre!!

PEDRO.—(*Trémulo. En un alarido*) ¡¡Para siempre!!

ANDRÉS.—(*Como un eco*) Para siempre...

ANA.—(*Solloza*) ¡Para siempre!

ESTRELLA.—(*Revolviéndose con toda su alma*) ¡No, Marcel! ¡¡No!! ¡¡No!! ¡Ahora ya no podría! ¡No quiero! ¡No quiero! No quiero...

MARCEL.—(*Abrumado*) Calla... Es atroz.

(Un silencio. Estrella solloza, Pedro gime al fondo y de pronto, en la lejanía, una salva de cañonazos. Se agitan todos)

TODOS.—¿Eh?

MARCEL.—(*En pie en un resurgir*) ¡Callad!

ANA.—¡Dios mío!

SIMÓN.—¡Cañonazos!

PEDRO.—¿Oís?

MARCEL.—(*Mientras prosiguen los disparos*) ¡Silencio! ¡¡Hans!!

HANS.—(*Emocionadísimo*) ¡Sí, Marcel!

MARCEL.—¿Oyes? ¡Es la escuadra! (*Arrecian las baterías*).

HANS.—¡¡Sí!!

MARCEL.—¡La escuadra estaba cerca! ¡Están combatiendo! Yo tenía razón...

HANS.—¡Se acercan!

MARCEL.—¡¡Estrella!! ¡¡Mi vida!! (*Un grito*) ¡Salvados!

TODOS.—¡¡Salvados!! ¡¡Salvados!! (*Corren hacia la escalera*).

PEDRO.—¡A la playa! ¡Pronto! (*Como un loco*) Salvados, salvados...

HANS.—¡Corramos, Marcel! ¡Vivo! (*Suben*).

ANA.—¡Yo voy también!

MARCEL.—Vamos, Estrella.

ESTRELLA.—¡Contigo siempre!

MARCEL.—Ven... (*Volviéndose hacia Kovach. Triunfal*) ¡Andrés Kovach! Véalo usted: la guerra que es el dolor y la muerte trae ahora para nosotros la vida y la libertad... Corramos, mi vida. ¡Vamos a vivir!

ANDRÉS.—(*Débilmente, cuando el criado está a punto de alcanzar la escalera siguiendo a los demás*) ¡Simón!

SIMÓN.—(*Se detiene impresionado*) Señor.

ANDRÉS.—¡Simón!

SIMÓN.—(*Acudiendo*) Aquí estoy, señor.

ANDRÉS.—¿Tú también, Simón? Pero, ¿es que no lo sabes todo?

SIMÓN.—¡Ah! (*Aterrado. Una transición como volviendo en sí*) ¡Perdón, señor! ¡Me volví loco! Solo pensé en huir de aquí como todos... ¡Perdón! ¡¡Perdón!!

ANDRÉS.—Pero, ¿es que ya has olvidado por qué yo no puedo volver jamás al mundo? (*Un gemido. Lejos prosigue el cañoneo*)

TELÓN

ACTO TERCERO

(Igual decorado. Una hora después. La escena está sola. De cuando en cuando algún disparo de las baterías en el mar. Óyese la voz de Pedro en el interior. Aparece y da unas palmadas)

PEDRO.—¡Que empiezo! ¡Que voy a empezar! ¡Que empiezo!

SIMÓN.—*(Entrando enfadadísimo)* ¡Silencio!

PEDRO.—*(Digno)* ¡Simón!

SIMÓN.—¡Al cuerno!

PEDRO.—Simón: es mi última función.

SIMÓN.—Ea, se acabó. No se puede gritar ahora. El señor está muy mal... Pronto volverá usted allá. Ya tendrá ocasión de lucirse en los teatros. Calle ahora. ¡Silencio! ¡Aquí viene el señor!

PEDRO.—¡Hum!

(Y se va contrariadísimo. Aparece Andrés, pálido, desfallecido, al entrar, se apoya fatigado en la jamba del arco. Simón le contempla largamente)

SIMÓN.—¡Señor! Qué imprudencia... ¿Por qué se ha levantado el señor?

ANDRÉS.—No, no es nada... Necesitaba moverme, andar un poco. Respiro mejor así.

SIMÓN.—¡Señor! ¡Señor!

ANDRÉS.—*(Sonríe melancólicamente)* Mi pobre Simón... No temas. ¿Dónde están los demás?

SIMÓN.—En la playa... Viendo cómo se acerca la escuadra. Son muchos barcos... Disparan como diablos. ¿No oye el señor? Todos están llenos de alegría.

ANDRÉS.—¿Y Estrella?

SIMÓN.—Allí también, con él... No se separan. La pequeña está como hechizada. ¡Malditos sean! Parece que los trajo el diablo. ¡No importa, señor! Pueden irse todos. Mejor. Mi mujer y yo continuaremos al lado del señor, para siempre, si es preciso...

ANDRÉS.—*(Emocionadísimo)* ¡Simón!

SIMÓN.—Y nadie sabrá nunca nada... Eso es. Antes perdí la cabeza... Se lo juro, señor. Cuando vi aquí a esos hombres y oí que quizá volveríamos al mundo, me volví loco. Me vi otra vez en París, en el bosque de Bolonia... Pero no pasará más.

ANDRÉS.—¡Oh!

SIMÓN.—Vamos, el señor no tiene que temer nada. Nos quedaremos aquí. Y ya nunca, nunca, sabrá nadie lo que pasó aquella noche... El secreto será nuestro siempre, de los dos.

ANDRÉS.—(*Conmovido*) Gracias... (*Desfalleciendo*) Pobre Simón, tan fiel y abnegado... Tranquilízate. Todos vamos a partir dentro de muy poco. Volverás a tu paseo de coches del bosque. Te lo prometo. Llevarás otra vez otros cuatro caballos alegres, tan alegres como los míos... Yo también partiré, Simón. Es necesario.

SIMÓN.—(*Asustado*) Pero ¿qué está diciendo el señor? ¿Y adónde vamos? ¡Eso no puede ser! (*Y de nuevo aparece Pedro*).

PEDRO.—¡Andrés!

SIMÓN.—(*Furiosísimo*) ¡Y dale! ¿Otra vez aquí?

ANDRÉS.—¡Pedro!

SIMÓN.—¡Condenado!

ANDRÉS.—Ven aquí, Pedro... Acércate.

PEDRO.—¡Andrés!

ANDRÉS.—Ha llegado el momento de salir de aquí. De volar. De correr otra vez al mundo. De vivir de nuevo entre los demás hombres. ¿Estás contento?

PEDRO.—Sí, Andrés. Tú lo has dicho... Voy a vivir otra vez. Es la resurrección.

ANDRÉS.—¡Ah! (*Otra voz*) ¿Te acuerdas, Pedro, de aquel día hace doce años, a bordo del «yacht», junto a Italia? Yo te anuncié que venía a refugiarme para siempre en mi isla. ¿Lo recuerdas? Yo lo recuerdo como si fuera ahora mismo... Te veo a ti llorando y diciendo a gritos: «¡Llévame contigo, Andrés; llévame! Odio al mundo. Vámonos a la isla. Viviremos una vida nueva, lejos de los hombres... ¡Para siempre!» Me lo pedías con toda tu alma. ¿Lo recuerdas ahora, Pedro?

PEDRO.—¡Calla, Andrés!

ANDRÉS.—Aquel día solo soñabas con la huida... ¡Huir, huir, huir! Así es el sueño de todos los desgraciados. Y tú eras un gran desdichado...

PEDRO.—¡Calla!

ANDRÉS.—Se acababa de hundir sin remedio el mayor sueño de toda tu vida: ser un gran actor. Habías fracasado pocas noches antes en el teatro del «Boulevard»... Se habían burlado de ti...

PEDRO.—(*Un gemido*) ¡¡Cállate!! ¡No lo digas!

ANDRÉS.—¡Pobre Pedro! Y luego... Doce años en la isla te han hecho olvidar tu derrota, pero no tu sueño. Me has odiado. Me has aborrecido. Me has hecho culpable de tu destierro. Si hubieras tenido valor, me hubieras asesinado... ¿No es cierto, Pedro?

PEDRO.—¡Calla! ¡Calla!

ANDRÉS.—¡Pobre Pedro! ¡Pobre loco!

PEDRO.—(*Revolviéndose casi en llanto*) ¡Loco, sí! ¡Pero quiero vivir!! ¿Oyes, Andrés? Quiero volver otra vez allí. Al «Boulevard». Te juro que ahora no fracasaré. He pensado mucho en estos doce años. Seré un gran artista, tú lo verás. Un hombre célebre en todo el mundo, como tú... ¡Lo seré!! (*Una transición: con temblor*) Y si vuelvo a fracasar, si las gentes otra vez se ríen de mí... ¡Yo seré más fuerte que sus burlas y resistiré! ¡Viviré!! ¿Comprendes, Andrés? Quiero vivir... Seré un hombre como todos. ¡Desgraciado, pero vivo! (*Mirando en torno*) ¡Esto era la muerte! (*Y solloza*).

ANDRÉS.—¡Pedro! (*Una pausa*) Tony también quiere volver allá... ¡Pobre viejo! Se ha escapado con la alegría de un mozo. Ya olvida cómo aquella noche en que partió el «yacht» me pedía con lágrimas en los ojos que le dejara vivir a mi lado toda la vida... ¿Lo recuerdas, Simón?

SIMÓN.—Sí, señor.

ANDRÉS.—Me decía que solo aquí, en el destierro, en la soledad, podría librarse de su vicio maldito... No era un hombre, era un despojo humano, esclavo de la morfina... Se avergonzaba de sí mismo, se horrorizaba de su pobre vida y de su vicio... Hubiera muerto pronto. ¿Cómo es posible que lo haya olvidado?

(Un silencio. Arriba ya cesó el eco de las detonaciones. Y de pronto, jolgoriosa, viva y triunfal, la voz de Estrella)

ESTRELLA.—(*Dentro*) ¡Padre!

ANDRÉS.—¡Estrella!

SIMÓN.—¡La pequeña!

ESTRELLA.—(*Aparece. Su túnica blanca es un guiño de alegría y de gracia mientras baja corriendo los peldaños de la escalera. Corre hasta Andrés y, arrodillada, le coge las manos. Tiembla de dicha*) Padre, padre.

ANDRÉS.—Cuidado, hija mía.

ESTRELLA.—¡Están ahí! Son muchos barcos que parecen de plata. De un buque han bajado unos soldados. Vienen en una lancha. Llegarán ahora mismo. ¿Me escuchas? Marcel los espera en la playa. ¿Lo oyes, Simón? ¿Y tú, Pedro?

PEDRO.—Sí, Estrella... Me va a saltar la cabeza.

ESTRELLA.—Corre, Simón. Hemos de estar listos... Prepárate, padre. ¡Dios mío! ¡Dios mío! Al fin... ¡Oh, padre! ¡Qué grande, qué maravilloso es esto...! Es la libertad. ¡La alegría!

ANDRÉS.—Estrella...

ESTRELLA.—Los soldados llevan el mismo uniforme de Marcel, pero ninguno es como él... Estoy segura. No sabrán decir sus cosas maravillosas... No tienen su mirada. Cuando le dejé para bajar aquí, tenía en los ojos muchas lágrimas. Me pareció más maravilloso aún que esta mañana...

ANDRÉS.—(*Cogiéndole la cabeza entre sus manos y mirándola con temblorosa emoción*) Dime, Estrella... Has vivido aquí doce años. Eras una niña cuando vinimos. Te hiciste mujer sin comprenderlo tú misma. Di, Estrella, ¿cómo has podido querer a ese hombre esta mañana? ¿Cómo aprendiste a amar?

ESTRELLA.—(*Dulce, alegre, inefable*) ¡Padre! El amor es como los sueños al amanecer. Un milagro. Lo dice Marcel... Lo lleva una misma dentro sin saberlo... Duele la frente a veces, pero es porque delante de nosotros no aparece todavía lo que hemos soñado. Cuando no es necesario preguntar nada... Todo dice que sí. Es alegría, alegría... Esta mañana, los árboles de la isla, y el mar, y el cielo, eran más bonitos que todos los días. Creí volverme loca de angustia y de felicidad. Era que mi sueño había aparecido ante mí. Era Marcel... (*De pronto, llena de rubor, hunde su cara entre las rodillas de Andrés*) ¿Lo comprendes, padre?

ANDRÉS.—Entonces... (*Muy emocionado*) ¿Le querrás siempre?

ESTRELLA.—¡Siempre! La vida solo es el amor... Y yo quiero vivir siempre.

ANDRÉS.—Sí. Pequeña mía... (*Con mucha ternura*) Quiérole toda la vida. Si le engañases, si un día dejases de quererle, él sería muy desgraciado. Se volvería malo... ¡No lo hagas!!

SIMÓN.—¡Oh, basta, señor! (*Angustiado*) Mirad cómo se fatiga...

PEDRO.—¡Andrés!

ANDRÉS.—¡Quiérole! La mejor dicha en el amor no es ser felices nosotros, sino la felicidad de quien amamos... Si él es feliz todos los días, tu vida estará llena de alegría. Será también tu felicidad.

ESTRELLA.—(*Radiante*) Sí, padre... Así será. ¡Te lo juro! (*Una transición. Con una angustia lejana*) Padre... Dímelo. A ti te hicieron desgraciado, ¿no es cierto? Dilo... ¿Fue mamá?

ANDRÉS.—¡Hija mía! ¡Calla!

SIMÓN.—¡Criatura...!

PEDRO.—¡Oh!

ESTRELLA.—No había logrado comprenderte nunca... Pero desde esta mañana me parece que han pasado tantos años... Se ve tan claro el amor de los demás cuando una está enamorada. Oye, padre... Yo he leído el diario de mamá.

ANDRÉS.—(*Estremeciéndose*) ¡Estrella!

ESTRELLA.—Sí, sí... Te lo robé una noche. Estaba entre tus libros... Leyéndolo he descubierto yo mi propio sueño. Mamá soñaba como yo. Pero, dime, padre, ¿es que los sueños que allí escribía mi madre no eran para ti?

ANDRÉS.—¡Oh, hija mía! (*Sin voz casi*).

PEDRO.—¡Silencio, Estrella!

SIMÓN.—¡Señor! ¡Mi señor!

ESTRELLA.—He de saberlo... Sería capaz de preguntárselo a ella misma... ¿Dónde está mamá? ¿Es que no la veré nunca?

ANDRÉS.—No, hija... ¡Nunca!

ESTRELLA.—¡Oh!

(Y rompe el silencio un murmullo de algazara y de triunfo que viene de arriba, de la isla. Son muchas voces de soldados que cantan y vitorean. Cantos de guerra, gritos de júbilo. Como fondo, clarísimas, las estrofas de «La Madelon»)

VOCES.—«Pour le repos, le plaisir du militaire, il est la-bas...».

UNA VOZ.—¡Viva el capitán Tavernier!

OTRAS VOCES.—¡Viva!

(Todos los personajes en escena quedan suspensos, cada uno en su propio temblor. Pedro, como loco, comienza a subir las escaleras. Andrés, en pie, más pálido, como muerto, estremecido. Surge Ana en la escalera)

ANA.—¡Ya están ahí! ¡Han desembarcado!

PEDRO.—¡Ya están ahí!

ANA.—Traen a Tony con ellos... ¡Lo recogieron en el mar! ¡Se ha salvado!

PEDRO.—¡Oíddlos! ¡Vienen! ¡¡Vienen!!

ANA.—¡Ya llegan!

ANDRÉS.—(*En un grito sordo*) ¡¡Simón!!

SIMÓN.—(*Aterrado*) ¡Señor!

ANDRÉS.—Ya vienen. ¿Los oyes? Ya vienen. ¡No, Simón! ¡No, no, no! ¡No quiero!
¡Llévatelos!

ESTRELLA.—¡Padre!

SIMÓN.—¡Señor, señor...! Tranquilícese, por piedad. Mira, Ana... Está temblando...

No respira. ¡Calma, señor!

ANA.—Señor... ¿Qué es esto, Simón?

ESTRELLA.—¡Habla, padre, habla! ¡Por piedad!

SIMÓN.—Ayúdame... Es necesario llevarlo de aquí.

ESTRELLA.—¡Padre!

ANDRÉS.—Sí... Llévame allí, junto a mi violín. ¡Pronto! Quiero tocar... *(Se ahoga)*

Vamos... ¡Oh!

SIMÓN.—Sí, sí... ¡Pronto!

ANA.—Con cuidado...

ESTRELLA.—Padre, padre...

(Desaparece Andrés Kovach apoyado en Simón y Estrella. Pedro y Ana los siguen. La escena queda sola. Las voces, los gritos y los cantos de los soldados se acercan gloriosamente. Al fin, irrumpen en tropel por la escalera. Baján, primero Marcel y un teniente. Detrás, soldados, marinos, etcétera. Tony, entre ellos, gozosísimo. Al fondo, grave y emocionado, aparece también Hans)

UN SOLDADO.—¡Viva el capitán Tavernier!

TODOS.—¡¡Viva!!

MARCEL.—Gracias, camaradas. ¡Amigos!

TONY.—¡Estrella! Niña... Estoy aquí. He vuelto... ¿Dónde estás? *(Cruza la escena y sale)*.

TENIENTE.—Maravilloso, Marcel... ¡Qué aventura! ¿Qué es esto? ¿Qué gente hay aquí? Luego nos lo explicarás todo. ¡Otro abrazo!

MARCEL.—¡Y cien! *(Ríe)*.

TENIENTE.—Te creímos perdido... Pero eres nuestro otra vez. Como siempre, ha sido para ti el mayor peligro y la más bella aventura. ¡Viva el capitán Marcel Tavernier!

TODOS.—¡Viva!

TENIENTE.—*(Sorprendido. Viendo que Hans se acerca lentamente a Marcel)* ¿Eh? ¿Quién es este? ¿Qué significa? *(Un seco saludo militar)* ¡¡Un alemán!!

TODOS.—¡Un alemán!

MARCEL.—*(Sonriendo)* Sí. ¡Mi amigo el teniente Hans Heibbel!

OFICIAL.—¿Tu amigo?

MARCEL.—¡Mi mejor amigo!

HANS.—Adiós, Marcel... Soy vuestro prisionero. Ha llegado la hora de separarnos. *(Conmovido. Un silencio)* ¿Para siempre?

MARCEL.—No, Hans. Te lo prometo... La guerra terminará un día. Y entonces volveré a París, a mis lecciones en la universidad, a mis libros, a mis paseos de los domingos por el campo... Llevaré a Estrella cogida de la cintura... Y te recordaremos y hablaremos de ti. Y tú un día nos darás una sorpresa deliciosa: cuando menos lo esperemos, tú, con tu alemanita de las trenzas rubias, vendrás a pasear con nosotros por el bosque... ¿Será así, Hans?

HANS.—¡Sí, Marcel! Yo volveré a Nuremberg. Y también os esperaré a vosotros. Nuremberg es una ciudad muy vieja y muy bonita... Mi mujer os invitará a comer y, de sobremesa, durante horas y horas, yo tocaré el violín para vosotros... Será magnífico. *(Muy conmovido)*.

MARCEL.—¡Adiós, Hans! Un abrazo.

HANS.—¡Adiós, Marcel! ¡Amigo!

MARCEL.—*(Transición)* ¡Teniente Forestier!

TENIENTE.—¡Mi capitán! *(Firme)*.

MARCEL.—Tomad... Os entrego mi prisionero. Miradle: ¡tratadle como a un príncipe, porque es nada menos que un hombre enamorado!

TENIENTE.—¡Ah! *(Muy contento)* ¡A sus órdenes, teniente Hans Heibbel!

HANS.—Gracias.

TENIENTE.—¡Soldados! ¡Armas...! ¡Eh!

(Los soldados presentan armas. Los marineros saludan. Hans saluda también y asciende la escalera entre dos filas de soldados. El oficial le sigue. Suben también los soldados. Marcel queda solo. Mira en derredor, sonrío, dichoso, se dirige a un lateral y llama suavemente)

MARCEL.—Estrella... Estrella... Es la hora. *(Una pausa)* Estrella... ¿Me oyes?

(Dentro, rompen el silencio absoluto los acordes del violín de Kovach que preludia emocionadamente su vieja Sonata. Marcel sonrío)

MARCEL.—¡Oh! Andrés Kovach se despide de su isla... ¡La «Sonata a Kreutzer»!
(Una pausa. Prosigue, dulcísimo, el violín) Realmente es maravilloso... *(Calla y oye ensimismado. Y dentro, un grito desgarrador de Estrella)*.

ESTRELLA.—*(Dentro)* ¡Padre!

MARCEL.—*(Sobresaltado)* ¿Eh?

ESTRELLA.—*(Dentro. Un tremendo sollozo)* ¡¡Padre!!

MARCEL.—¡Estrella! (*Va a precipitarse al interior. Pero aparece Simón y le corta el paso. Simón viene temblando, demudado, palidísimo*) ¡Simón!

ESTRELLA.—(*Dentro*) ¡Padre!

MARCEL.—(*Anhelante*) ¿Qué?

SIMÓN.—¡Ha muerto!

MARCEL.—¡Muerto!

SIMÓN.—¡Sí! (*Un silencio. Se oyen los sollozos de Estrella*).

MARCEL.—Muerto... ¡Qué horror!

SIMÓN.—Ha muerto porque su corazón no ha podido resistir. Lo ha roto el dolor... Y la sirena de esos buques. ¡Y vosotros mismos! Y yo... ¡Todos!

MARCEL.—¡Ah!

SIMÓN.—¡Pobre Andrés Kovach! Pero ha triunfado sobre todos. Os ha vencido a todos. La policía y la justicia no pueden vencer a los hombres como Andrés Kovach... Era demasiado extraordinario.

MARCEL.—¡La policía! ¿Cuál era ese secreto?

SIMÓN.—¡Todavía no ha sabido usted adivinarlo! Algo que le llenaba de remordimiento y horror. Solo él y yo lo sabíamos.

MARCEL.—¡Dígallo!

SIMÓN.—Andrés Kovach mató a aquella mujer...

MARCEL.—(*Absorto*) ¿Qué dice usted?

SIMÓN.—Sí... (*Una pausa*) Por eso vinimos a la isla... ¿Lo comprende usted ahora?

MARCEL.—Cuenta... Se lo suplico.

SIMÓN.—Fue hace doce años. Una noche, en el «yacht». Habíamos salido de París, para un viaje de descanso, con el mayor sigilo... Estábamos en el Mediterráneo, en un puerto de Italia. El señor tenía a bordo dos invitados: Pedro y un músico italiano, De Mezzana, el gran miserable... Durante toda la noche el señor había tocado el violín para sus amigos... Fue a la madrugada cuando la sorprendió en brazos de Mezzana, en un rincón de cubierta... Yo los vi también. El señor no supo qué hacer... Lloró como un niño a mi lado horas y horas. Al amanecer, el italiano había desembarcado y ella dormía en su camarote. Andrés Kovach, de pronto, se convirtió en otro hombre. ¡No he podido olvidar aún aquellos ojos, aquellas manos temblorosas! Corrió al cuarto de ella como un loco... ¡Y ella no volvió a despertar! (*Se estremece*) Luego la arrojó al mar.

MARCEL.—¡Qué horror!

SIMÓN.—Toda la gente del barco creyó que ella había escapado con el italiano. Yo marché a París, recogí a la niña del colegio, volví al «yacht», nos hicimos a la mar... Y llegamos aquí. Una noche, el señor ordenó al capitán del «yacht»

que se hiciesen a la mar mientras nosotros dormíamos. Compró el silencio de la tripulación con toda su fortuna. Y ellos, véalo usted, cumplieron su palabra de ocultar nuestro refugio para siempre. Así han pasado doce años. Hasta esta mañana, que llegaron ustedes. ¡Y lo han destrozado todo!

MARCEL.—¡Pobre Andrés Kovach! Era tan extraordinario que la propia muerte ha sido generosa con él y le ha dado la libertad. Se ha escapado del mundo, de nosotros, de sí mismo... ¡Oh, Dios! *(Dentro, otra vez, la voz de Estrella)*.

ESTRELLA.—*(Dentro)* ¡Padre!

SIMÓN.—¡Estrella!

MARCEL.—¡Silencio! ¡Ella no sabe...! ¡Y no lo sabrá nunca! *(Entra Estrella. Tiembla desolada y estremecida)* ¡Estrella!

ESTRELLA.—*(Arrojándose en su pecho)* ¡Muerto, Marcel, muerto!

MARCEL.—¡Chiss! Silencio... Mi vida. Mi amor.

(Entran Pedro y Tony. Los dos, en silencio, como huidos, atraviesan la escena y escapan por la escalera a la isla)

ESTRELLA.—¡Muerto!

MARCEL.—Calla...

(Arriba, los soldados cantan jubilosamente «La Madelon». Voces de alegría)

VOCES.—*(Dentro)* «Pour le repos, le plaisir du militaire...»

UNA VOZ.—*(Dentro)* ¡Capitán Tavernier! ¡En marcha!

MARCEL.—¡Voy! *(Bajo)* ¿Oyes, Estrella mía? Esas canciones también son la vida, como la muerte misma y el dolor. Del dolor solo pueden escapar los que sueñan... *(La levanta en sus brazos como a una niña)* Ven, Estrella. Yo te llevaré lejos. Yo te haré soñar... ¡Yo soy tu sueño!

(Y se la lleva amorosamente hacia la escalera. Mientras, arriba, los soldados se alejan cantando su canción)

TELÓN



COLECCIÓN DE TEATRO
VÍCTOR RUIZ IRIARTE